

Epílogo

Diótima de Mantinea: un saber del exilio

Isabel Balza

*«...la luna navegante y sola, reina destituida,
reina más que Diosa de un mundo que fue y se perdió.
Reina convertida en Diosa de los muertos,
de los condenados al silencio y de los fritos.
Socorredora de los sin patria.»*
Diótima de Mantinea

La figura de Sócrates siempre nos ha sido mostrada como paradigma del saber, como personaje que encarna los rasgos característicos del sabio. O quizá habría que decir más bien que es a partir de Sócrates que hemos tratado de configurar, de dibujar, el concepto de sabiduría. Curiosamente, aquello que se nos mostraba, se nos muestra, como carácter diferenciador de Sócrates es que su saber consiste en su no saber. Un saber, entonces, que se funda en el reconocimiento de sus propios límites, que no se pretende absoluto, y aún más, un saber que se establece en el reconocimiento de que toda certeza proviene de algo no definible, no conceptualizable, de algo cuyos contornos no son posibles de trazar. Un saber, en definitiva, que reconoce y se funda en su falta.

No se trata de que Platón nos presente a Sócrates como siendo un ignorante. No. Sócrates sabe, habla sobre la virtud, la amistad, el amor... Pero sus discursos traslucen esa casi humildad del que conoce los límites de la palabra, humildad que de algún modo configura la imagen que del sabio hemos forjado. Humildad, falta, son caracteres atribuibles al sabio Sócrates, a nuestro paradigma de sabio.

Pero, ¿qué sabe Sócrates acerca de la falta?, ¿qué nos dice sobre la carencia? Es en su discurso sobre el amor cuando aparece esta cuestión. Es en el

Banquete cuando Platón hace hablar a Sócrates sobre la falta. Ahora bien, cuando en la fiesta le llega su turno, cuando Sócrates debe decir lo que sabe sobre el amor, remite sus palabras a otro lugar, recuerda y transmite otras palabras, las de una mujer, Diótima de Mantinea. Porque él, Sócrates, no sabe sobre el amor nada más que lo que Diótima le contó. Y en el discurso de Diótima sobre el amor lo que aparece es un saber sobre la falta. Lo que Diótima enseña a Sócrates es que el rasgo que define lo que sea el amor-eros es el de la falta. Que eros se fundamenta en el deseo de algo, que eros desea porque algo le falta, porque la carencia lo constituye. Que sin carencia no hay deseo, sin falta no hay amor. De nuevo aparece la carencia como motor, como fundamento: antes del saber, ahora del amor. En definitiva Platón-Sócrates-Diótima enseñan que amor-deseo, que eros, es deseo de saber: Diótima acabará su discurso a Sócrates mostrándole como camino del saber el camino del deseo, de eros. O dicho de otra manera, que el deseo-amor a lo que conduce es a un saber.

Es Diótima, entonces, la que enseña que el saber se funda en su carencia: que ese no saber socrático es fundamento de su saber porque esa su carencia de saber es precisamente su deseo: algo indefinible, sin contornos precisos, pero algo cuyo reconocimiento permite la certeza.

De Diótima de Mantinea apenas sabemos lo que Platón nos cuenta*. Platón la presenta como portadora de un discurso central en su obra. La hace aparecer como lugar de donde proviene el saber socrático. Si, por una parte, Diótima en su relato remite al papel que el daimon juega en la vida de los hombres, por otra parte, Platón parece hacer jugar ese papel de daimon a Diótima. El daimon es un intermediario entre hombres y dioses, es «*algo intermedio entre mortal e inmortal*». Su poder es el de «*interpretar y trans-*

mitir a los dioses las cosas de los hombres y a los hombres las de los dioses [...] al estar en medio de unos y otros». El daimon para Diótima es pues el que representa la figura de mediador, aquel que vincula lo humano con lo divino. La referencia del daimon para Diótima es aquí la del amor-eros. Eros no es un dios, sino un daimon, un vinculator, pues, entre lo humano y lo divino. Bien, pero aquí Diótima dice algo más al afirmar que «*quien es sabio acerca de tales menesteres es un hombre "demoníaco"*». Lo cual nos da un nuevo rasgo que definiría la figura del sabio. Rasgos del sabio eran la humildad —reconocimiento de los límites de la palabra—, la carencia—deseo como fundamento del saber—, y ahora Diótima añade uno nuevo, el de ser un mediador.

Vemos aquí que el trasvase que recuerda Giorgio Colla** se ha operado: ya no son los dioses los que por medio de los oráculos ofrecen enigmas, son los sabios. Ya el poder de vincular a hombres y dioses es atribuido por Diótima también al sabio, figura humana.

Y sin embargo Diótima ofrece los rasgos de una figura oracular. En todo caso, oráculo o sabio, lo que me interesa señalar es que el saber que estos muestran podría ser nombrado como un saber del vínculo. Porque para Diótima el daimon o en su caso el hombre demoníaco—sabio por ello—no es el portador de la sabiduría: portadores de sabiduría son los dioses. El saber del daimon—o el de un hombre sabio—es el de vincular.

Ahora bien, la cuestión que se plantea es la siguiente: ¿qué posición específica es aquella que ocupa el sabio? El sabio vincula, reconcilia a hombres y dioses, y así esta figura del sabio como vinculator parecería ser de algún modo el reverso de la figura del pensador que analizan Deleuze y Guattari***. Frente al sabio vinculator de Platón, de Diótima, aparece en Deleuze y Guattari el pensador como exiliado. El pensador, el filósofo, el artista, invocan una patria, un lugar perdido, y su tarea consiste por ello en encontrar el vínculo del pen-

* Sobre la figura de Diótima se puede consultar el libro de Roger Godel, *Socrate et Diotime*, Les Belles Lettres, Paris, 1953.

** El nacimiento de la filosofía, trad. de C. Manzano, Tusquets, Barcelona, 1994.

*** ¿Qué es la filosofía?, trad. de T. Kauf, Anagrama, Barcelona, 1993.

samiento con la Tierra, dicen Deteuze y Guattari. Perdido el vínculo del pensamiento con la Tierra, el filósofo aparece como exiliado, sin lugar, sin filiación.

Parecería, entonces, que frente a un ser entrañado —el sabio de Platón, de Diótima— nos encontraríamos con un ser extrañado —el pensador de Deteuze y Guattari. Que frente a un ser reconciliado con la vida fuéramos ahora a un ser desterrado, huérfano.

Si la tarea consiste en encontrar un vínculo con la tierra, Diótima, como figura que es el del sabio, parecería ajena a esta cuestión. Sin embargo, las palabras de la de Mantinea muestran lo contrario. Esta vez las palabras que María Zambrano le presta****:

«Y ahora, extranjera, a solas con mi Dios que se me ha vuelto desconocido, a nadie veo a mi alrededor que me asegure ser ayudada al momento de arrancarme de esta tierra de la que más que hija he sido, por lo visto, huésped».

M. Zambrano da voz de nuevo a Diótima y la muestra en un peregrinar, en una búsqueda del vínculo. Diótima se siente exiliada del mundo y trata de hallar su vínculo con la tierra. Ella, que parece poseer ese vínculo para los hombres —como la Diótima de Platón—, que parece ser y haber sido fuente de su saber, se siente desvinculada. Es huésped, que no hija, de la tierra. Su herida, su brecha, es lugar de donde mana su saber, como agua de la fuente. Saber doloroso, saber sangriento. Una representación del sabio en la que éste —ésta, pues se trata de una mujer— se encuentra en un más allá desencarnado. Teníamos hasta ahora al sabio como representación del vínculo, y parecía que por ello quizá también vinculado. ¿No es el saber que posee *secreto* del vínculo, saber del lazo que reconcilia con la vida? Quizá —parece que M. Zambrano es lo que propone—, el sabio *sabe* vincular a los otros, es el medio, el lugar, a través del cual los otros se vinculan a la vida, se reconcilian con la

tierra. Pero su herida, el lugar de donde mana ese vínculo, es el precio que paga el sabio por los otros. El no se halla vinculado, ella, en cierto sentido, está sacrificada, su llaga nunca se cierra. Por eso la Diótima de M. Zambrano carga con el dolor de las almas de los muertos. Su Diótima no está afiliada a la tierra, es extranjera, y nadie puede ampararla.

El peregrinar de esta Diótima la lleva al lugar del que partió: su final *«noche yo misma»* es su comienzo. Sale del silencio para contar su éxodo, para quedar otra vez sin palabras, en un nuevo silencio.

La posición que señala la Diótima de M. Zambrano es la de una figura del saber que encarna los rasgos que antes habíamos encontrado: humildad, carencia, lugar vinculado. Mas añade algo nuevo: el sabio es posición vacía. Aquel que vincula se encuentra desvinculado, desarraigado. Su saber es un saber vinculado, pero, al mismo tiempo, es un saber del exilio. Del exilio que debe pagar como precio por encarnar un lugar que sea mediación para los otros. Es así, al menos, como hemos oído el lamento de Diótima:

«Y ahora, ¿quién deshojará la rosa sobre mí, quién me llorará y, lo que más cuenta, quién alzaré la mano despidiéndome y señalando a mi alma el camino a seguir, deshaciendo ese nudo que une aún a las almas de los recién muertos con el aire de la vida?»

**** M. Zambrano, «Diótima de Mantinea», en *Hacia un saber sobre el alma*, Alianza, Madrid, 1987.